

La emasculación como sacrificio en *Los cachorros*, de Mario Vargas Llosa

Belonging and inclusion in The Cubs, by Mario Vargas Llosa

Santiago López Maguiña

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
Universidad de Lima

RESUMEN

En este artículo se busca demostrar que la emasculación, referida de una manera elíptica, sufrida por el personaje principal de *Los cachorros*, la *nouvelle* de Mario Vargas Llosa publicada en 1967, es parte de un sacrificio. La pérdida del órgano viril funciona como la entrega de un don, a fin de obtener otro bien: la igualdad de posibilidades sociales entre los miembros de una comunidad de amigos. El mencionado actor, que era excesivamente superior a sus amigos en todo orden de cosas, padece una amputación que permite reducir sus poderes, a efectos de equilibrarlos con el de sus pares, lo que hace posible una convivencia viable. Debe precisarse que esta es una configuración que surge del análisis de la primera parte de la novela.

Palabras clave:

Emasculación / Sacrificio / Castración / Convivencia / Relaciones sociales

ABSTRACT

The purpose of this paper is to show that the emasculation, referred to in an elliptical way, suffered by the main character of Mario Vargas Llosa's *The Cubs* (1967), is part of a sacrifice. The loss of the virile organ may represent the giving of a gift in order to obtain something good: the equality of social opportunities in a community of friends. The mentioned actor who was excessively superior to his friends, in all aspects, suffers an amputation, which reduces his abilities and equals them to those of his peers, making the coexistence possible. It should be pointed out that this configuration arises from the analysis of the first part of the novel.

Keywords:

Emasculation / Sacrifice / Castration / Coexistence / Social Relations

Los *cachorros* de Mario Vargas Llosa llama la atención, en primer lugar, por la novedad de su técnica narrativa, ni superada ni continuada en la narrativa peruana, la cual da un lugar primordial a la lengua oral y permite efectos de realidad dinámicos y verosímiles, gracias a procedimientos transmutados del lenguaje cinematográfico

al lenguaje escrito del relato literario, y, en segundo lugar, por la novedad de su narración, centrada en la historia de un accidente en el que se produce la emasculación del personaje principal, al que el discurso de la *nouvelle* se refiere elípticamente. En este ensayo se ha de tratar acerca de esta segunda novedad. Se ha de buscar demostrar la hipótesis

de que *Los cachorros* se organiza en torno a un rito de sacrificio¹.

Una práctica de este tipo consiste en ofrecer un don a una entidad superior o similar para recibir de esta un contradón valorativamente superior a lo dado. El rito es una relación de intercambio asimétrico, mediante el cual el

1 Este texto es la primera parte de un análisis de tres sobre *Los cachorros* de Mario Vargas Llosa, sustentado en esquemas y modelos de la teoría semiótica desarrollada en los últimos tres lustros por Jacques Fontanille y Claude Zilberberg, cuyos textos consultados figuran en la bibliografía.

donante persigue recibir más de lo que ha ofrendado. Por un cordero, por ejemplo, se espera obtener, de un ser divino, lluvias y un clima conveniente para una próspera cosecha. El sacrificio emblemático, sin embargo, es aquel en el cual quien dona entrega algo propio de sí, perteneciente a la esfera corporal e incluso íntima. Se da algo cuya entrega constituye un desmedro que afecta su integridad física o pasional. Los ayunos, en ese sentido, son formas rituales con las cuales los actores se privan de alimentos para recibir las gracias de una divinidad o instancia capaz de otorgar beneficios. La operación de separación de lo propio más extrema es la que corresponde a la aniquilación del mismo operador a favor de sí o de otro. Es la acción en la que se compromete la vida para conseguir un estado de bienestar.

En este caso, el actor sacrificado debe reunir características especiales. Ser de otra parte, excepcional por sus cualidades personales (superiores o inferiores respecto de una comunidad de referencia), poseer un rasgo físico prominente por exceso o por defecto, haber sido discernido, en suma, como un personaje selecto y, por tanto, sagrado. Lo sagrado, en efecto, es lo seleccionado, que se ubica en un espacio cerrado o restringido (Zilberberg, 2011, pp. 7-49), y presenta una constitución ambivalente (Agamben, 1998, p. 18). El ser seleccionado es, por eso, a la vez, profano, un ser que puede mezclarse con otros, uno que puede confundirse con cualquiera, siendo al mismo tiempo un actante distinto, capaz de complacer al actante honrado.

Los sacrificios no son prácticas propias solo de las comunidades religiosas o en las que tiene vigencia el pensamiento mágico y mítico, son también propias de las sociedades modernas. Las primeras se distinguen de las segundas porque ellas permiten un intercambio de dones entre hombres y divinidades, mientras que comparten

con las segundas intercambios entre comunidades distintas, entre grupos de una misma comunidad o entre individuos de un mismo grupo. En todos estos casos un actante se priva de un bien, en espera de que otro, a quien se le ofrece o entrega, debe, en reciprocidad, brindarle otro bien equivalente o superior. Asimismo, ese intercambio puede ocurrir en un solo individuo, quien se despoja de algo con el fin de ganar un don por ello, como el que renuncia a un goce personal, estudiar y trabajar, por ejemplo, en vez de entregarse a disfrutes inmediatos, con el objetivo de conseguir bienes que le permitan goces mayores.

Los bienes que se reciben por un sacrificio no son únicamente materiales, son también de tipo pasional, estético o moral. Son reconocimientos, honras, fama, amor filial o solidario, sentimientos de participación o convivencia, etcétera, cuyo logro requiere que los actores den o se den previamente para lograrlos. Este es el caso de lo que sucede en *Los cachorros*. En esta *nouvelle* hay un personaje a quien se conoce solo por el apellido y que destaca por una serie de rasgos que van a ir apareciendo a partir del momento en que hace su ingreso en el escenario de una comunidad, sufre un accidente, tras el cual, de acuerdo al punto de vista de este artículo, va a ir desarrollando una donación de sí, no voluntaria, que permitirá a aquella comunidad afirmarse como grupo social exclusivo e integrarse como un conjunto solidario. El sacrificio, por tanto, no se presenta como un solo acto, sino como un proceso, a lo largo de una vida, un proceso formado por una sucesión de eventos: sucesos imprevistos para el enunciadador observador de la narración, que se expresa en el pronombre “nosotros”. Dicho personaje da de sí, por ser en exceso distinto y superior, para que el grupo de amigos se unifique. Da el signo de la superioridad masculina de ser y, al final, su vida íntegra, y recibe el reconocimiento de ser como los

demás. Todo ello como resultado de una suerte de destino fatal.²

Un nuevo estudiante es presentado a los alumnos de una de las secciones del cuarto de primaria del colegio Champagnat, colegio emblemático del distrito de Miraflores, donde estudia parte de la clase media y de la clase alta peruanas. Es un niño cuya familia se ha trasladado de otro barrio y que, de hecho, pasa a ocupar el lugar del extraño. El recién llegado presenta otros rasgos que lo distinguen de una forma marcada: su familia es más rica que la de los demás, es más pequeño que todos los de la clase, pero, en especial, es más “chanconcito”, es decir, más estudioso.

Su aparición ha constituido un acontecimiento: ha sido una novedad, una novedad que ocurre en el transcurso rutinario del año escolar. Pero se trata de un evento cuya fuerza sobrecogedora no dura mucho, pues el recién llegado muy pronto se integra en un grupo de amigos, el formado por los alumnos que en el aula ocupan la parte de atrás: “el hermano Leoncio los sentó atrás, con *nosotros*” (p. 117. Énfasis del artículo), y su presencia cobra una tonalidad ordinaria. El niño pasa a formar parte del orden establecido en el salón.

Muy rápido, sin embargo, destaca por su aplicación e inteligencia en los estudios y en poco tiempo (todo ocurre rápidamente) llega a ocupar el primer lugar en las calificaciones. Un rasgo muy significativo se hace visible a continuación: es generoso: “Nos soplabá en los exámenes y en los recreos nos convidaba chupetes, ricacho, tofis, suertudo, le decía Choto, te dan más propinas que a nosotros cuatro, y él por las buenas notas que se sacaba, y nosotros menos mal que eres buena gente, chanconcito, eso lo salvaba” (p. 118).

Los rasgos que distinguen al nuevo alumno, llamado solo por su apellido,

2 Quien decide que el curso de las acciones sea establecido por la fatalidad es, por supuesto, el enunciadador. Es él quien determina, en último término, que el desarrollo de la historia se presente como un sacrificio.

Cuéllar, ser pequeño, ser rico, ser estudioso, ser generoso, lo hacen descollar respecto de sus compañeros de clase y del grupo de amigos, más altos que él, del que empieza a ser parte, pero que no son ricos, ni estudiosos, ni mucho menos generosos. La generosidad es decisiva. Ella permite cambiar el giro de lo previsible. El nuevo alumno, que reúne las condiciones para ser odiado, en cambio, por esa característica, será querido.

A las cualidades ya señaladas se suman otras. Revela un empeño por sobresalir en todo. En los deportes no es muy hábil, pero gracias a su perseverancia consigue ser parte del equipo que representa a su sección: “era terco y se moría por jugar en el equipo, se entrenó tanto en el verano que al año siguiente se ganó el puesto de interior izquierdo en la selección de la clase” (p. 120). Es, además, un niño obediente y disciplinado, sometido a un fuerte rigor conductual impuesto por sus padres. Cuando los amigos, después de haber entrenado al término de las clases en el colegio, le proponían continuar divirtiéndose con ellos, él respondía que “No podía, su papá no lo dejaba, tenía que hacer sus tareas” (p. 119).

Mientras Cuéllar es objeto de un trato disciplinario, hasta cierto punto excesivo, por parte de su padre, sus amigos reciben, en cambio, un trato disciplinario moderado. Lo mismo ocurre respecto de su actuación y respecto de las condiciones de su actuación: él recibe, en general, evaluaciones y sanciones basadas en consideraciones de exigencia extrema, en oposición a la evaluación sustentada en criterios atenuados que sus recientes amigos obtienen. A Cuéllar se le exige más y él mismo es marcadamente más riguroso consigo mismo.

Las diferencias de grado y de oposición que se establecen entre Cuéllar y los demás del grupo al que se ha integrado, así como con respecto al resto del salón, lo distinguen como un *parangón*: el mejor ejemplo, el modelo a seguir. Habiendo logrado sobresalir tanto en los estudios como en los deportes, uno de los religiosos que regenta

el colegio sentencia: “*mens sana in corpora sano*, decía el Hermano Agustín, ¿ya veíamos?, se puede ser buen deportista y aplicado en los estudios, que siguiéramos su ejemplo” (p. 120).

La vida que se proyecta para un niño como Cuéllar corresponde a un actor para el que se esperan logros elevados: al terminar sus estudios con las mejores calificaciones, ingresará sin dificultades a la universidad o seguirá estudios en el extranjero; conseguirá, sin duda, un título, se hará cargo de los negocios del padre y los mejorará. En ese horizonte se contempla también que, como todos los individuos de su clase social, le llegará el momento en que la atención por los deportes se oriente hacia las jóvenes, tendrá enamorada, se casará, tendrá hijos, prolongará el linaje familiar. Tiene por delante una vida de éxito perfectamente programada.

En lo social (término que designa las relaciones que los miembros de una comunidad establecen entre sí con distintos fines) Cuéllar tiene, por tanto, un destino similar que se augura para todos los demás pequeños de su clase social, aunque para él el futuro imaginado es definitivamente óptimo y brillante, respecto de todos los demás para los que es menos óptimo y menos brillante, es decir, mediocre, pero seguro y cómodo.

En ese escenario se produce el accidente de Cuéllar. Entonces, el programa trazado para él se ve interrumpido. La siguiente hipótesis puede ser propuesta: los rasgos superlativos que lo caracterizan parecen ser la condición que determina el fatal suceso en que el que, a todas luces, pierde el órgano viril. Sus cualidades, que exceden lo esperado, parecen predisponerlo a sufrir esa desgracia. En efecto, el enunciador colectivo ofrece referencias e indicios que hacen suponer que el infausto suceso llega como consecuencia de un empeño desproporcionado. Es necesario analizar la secuencia del accidente para constatar la conjetura: los chicos de cuarto A han sido autorizados para entrenarse dos

veces por semana, a fin de participar en el campeonato interaños. Después de los partidos se vestían para ir a sus casas a almorzar.

Pero Cuéllar se demoraba porque (te copias todas las de los cracks, decía Chingolo, ¿quién te crees?, ¿Toto Terry?) se metía a la ducha después de los entrenamientos. A veces ellos se duchaban también, guau, pero ese día, guau, guau, cuando Judas se apareció en la puerta de los camarines, guau guau guau, sólo Lalo y Cuéllar se estaban bañando: guau guau guau guau. Choto, Chingolo y Mañuco saltaron por las ventanas, Lalo chilló se escapó mira hermano y alcanzó a cerrar la puertecita de la ducha en el hocico del mismo danés. Ahí, encogido, losetas blancas, azulejos y chorritos de agua, temblando, oyó los ladridos de Judas, el llanto de Cuéllar, sus gritos, y oyó aullidos, saltos, choques, resbalones y después sólo ladridos. (p. 121)

Poco antes del suceso, cuando aún jugaban sin tener en mente una competición oficial, se hace mención de Judas. El perro “se volvía loco, guau, paraba el rabo, guau, guau, les mostraba los colmillos, guau guau guau, tiraba saltos mortales, guau guau guau guau, sacudía los alambres. Pucha diablo si se escapa un día, decía Chingolo, y Mañuco si se escapa hay que quedarse quietos, los daneses solo mordían cuando olían que les tienes miedo” (p. 118).

El perro enjaulado es una amenaza. Jugar, en consecuencia, conlleva un cierto riesgo y alimenta un imaginario aventurero. El perro, al que se asigna una pertenencia al mundo salvaje, donde los niños se ven como Tarzán, es percibido como una fiera a la que se puede enfrentar. Pero es de destacar que la presencia amenazante del animal hace del juego, actividad atractiva y agradable, una actuación al mismo tiempo susceptible de ser adversa. Algo agradable potencialmente aciago.

Se puede proponer, para ir rápido, que la posibilidad fatal no llega exactamen-

te por el empeño de Cuéllar en bañarse después de cada entrenamiento (“Cuéllar se demoraba porque (te copias todas las de los cracks, decía Chingolo, ¿quién te crees?, ¿Toto Terry?) se metía a la ducha después de los entrenamientos”). No puede plantearse, en efecto, una relación de implicación necesaria entre la constancia de ducharse y el hecho de ser mordido. La relación en cambio debería ser considerada como de implicación contingente y, por tanto, de tipo concesiva. El *DRAE* define así el término “concesivo”: “Dicho de una proposición subordinada: Que indica la razón que se opone a la principal, pero que no excluye su cumplimiento. Iré aunque no me inviten”. De acuerdo a esta definición se puede decir que la primera impresión que produce el ataque del perro es la de que se haya producido accidentalmente, de una manera imprevista. Sin embargo, a la vez, se entrevé una determinación necesaria debido a los rasgos distintivos que caracterizan a Cuéllar, vale decir, en el hecho de ser foráneo, inteligente, disciplinado, generoso, rico, hijo único: le tocaba por eso ese destino para igualarse definitivamente con sus nuevos amigos. Tenía que ocurrirle tan desgraciado daño para anular lo que lo distinguía de los otros. Puede pensarse en esa hipótesis, la que, de verificarse, haría de las acciones una serie formada por relaciones de consecuencia del tipo *si... entonces*. Serían relaciones implicativas, perfectamente previsibles o esperables. El suceso, entonces, no tendría un carácter sorpresivo, bajo la premisa de que esos daños les ocurren a los que se diferencian en demasía. Si esta inferencia es correcta el daño producido por el perro se explicaría como una consecuencia de la estricta disciplina, del empeño por la perfección, de todos los beneficios de los que una persona puede gozar. El accidente constituiría una suerte de castigo o de justicia poética, que apuntara a restablecer equilibrios que se han roto. Sería un castigo al empeñoso, al disciplinado, al perfecto.

Esta conjetura se ve fortalecida cuando se considera que el aciago suceso y el

desarrollo general del relato no hubieran tenido la misma fuerza tónica, el mismo acento, la misma intensidad pasional de haberle ocurrido a cualquier otro actor. En ese caso, la serie de acciones habría presentado una secuencialidad determinada por el “a pesar de” o por el “aunque”, es decir, por lo concesivo. De esa manera, se habría propuesto un desarrollo narrativo centrado en un personaje que, a pesar de no sobresalir, hubiese sufrido un accidente. Sería la historia de un ser ordinario en cuya existencia presente no despuntara la posibilidad de un futuro brillante. Y entonces un suceso fatal como el ocurrido a Cuéllar resultaría, en su caso, inesperado y asombroso. ¿Cómo a pesar de no haber sido empeñoso ni brillante le hubiera podido ocurrir un daño tan terrible?

Así, tendríamos la siguiente articulación:

Implicación	Concesión
excepcionalidad  “accidente” atónico	ordinariadad  “accidente” tónico

De no haber ocurrido el nefasto suceso, el recorrido narrativo habría seguido una orientación tensiva de tipo ascendente. Esa orientación hubiese llevado al sujeto a la ubicación final de quienes alcanzan la gloria: los beneficios mayores del triunfo y de la apoteosis, lo que se halla en la *mira* de las comunidades fundadas en la competencia y no en la de los intercambios recíprocos y en las relaciones cooperativas.

Los individuos que compiten buscan tanto la máxima ganancia como el mayor reconocimiento. Una ventaja sobre los otros, la superioridad sobre los demás. En *Los cachorros* ese es un deseo alentado, pero no parece apreciado por los actores más implicados en la narración, tanto en la instancia de la enunciación como en la del enunciado, tanto por los que cuentan como por los protagonistas de la historia,

exceptuando quizás a Cuéllar y a su familia. El grupo de amigos al que se integra Cuéllar, al llegar al nuevo colegio, se muestra interesado en formar una comunidad en la que todos sean iguales: formar una confraternidad, una colectividad que pone como condición para ser miembro someterse a pruebas que tienen como fin demostrar capacidad para compartir y para fraternizar, para ser como los otros sin marcadas diferencias. Cuéllar pasa con éxito esas pruebas, sin embargo, y muy pronto se distingue. Cumple con rapidez las condiciones que se le exigen y va más allá. No solo descuellos como estudiante, sino también como deportista y como compañero. ¿Esa superioridad es una demasía que explica o justifica la privación de la que es víctima? El relato de Vargas

Llosa no lo afirma. Pero se alude a ello elípticamente. Cuéllar “se demoraba porque [...] se metía en la ducha después de los entrenamientos”. Tal demora refiere una exageración, un exceso relacionado con una disciplina, que no concuerda con la práctica que los demás acostumbran: “Era chancconcito (pero no sobón): la primera semana salió quinto y la siguiente tercero y después siempre primero hasta el accidente” (p. 117).

El enunciado recién citado ofrece el recorrido de un sujeto cuyo ascenso académico es rápido y seguro. Pero la aclaración entre paréntesis introduce una precisión de tipo concesivo muy significativa: que Cuéllar hubiera sido muy estudioso no implica que haya sido sobón, es decir, que halagase a sus superiores, que se inclinara ante ellos, que los obedeciera a pie

juntillas y que pudiera por eso llegar hasta la infidencia. Indica que era un personaje cabal para la patota en la cual se integra, lo que le daba una calificación espléndida. Lo esperable, sin embargo, es que siendo chancón hubiera sido sobón. Lo sorprendente, por tanto, es que no se haya producido tal derivación. Cuéllar, finalmente, por no ser sobón es dotado de un sentido de solidaridad, lo que se expresa, por ejemplo, en su silencio ante los religiosos y profesores si hubiera sido testigo de alguna falta cometida por sus compañeros.

Pero esa excepción tiene también un grado de inmoderación que hace esperar la posibilidad de algo aciago en el futuro de quien así se distingue. Lo hace especialmente distinto y perfecto. Para quienes se mantienen en un nivel de existencia moderado o mediocre, para quienes tienen como *mira* una forma de vida normal, la excesiva diferencia de Cuéllar, aunque aceptable, no podría decirse que fuera tolerable. Entre la aceptación y la tolerancia hay una diferencia importante. La primera es la asunción voluntaria de algo que se da, ofrece o encarga, mientras que la tolerancia es una acción por la cual se sufre con paciencia una presencia. La aceptación es, desde este punto de vista, de tipo implicativo. Ella obliga y compromete gracias a una decisión en la que se impone el *querer hacer*. La tolerancia, en cambio, es de tipo concesivo, porque se admite sufrir una presencia a pesar de lo insoportable que pueda ser. La aceptación entonces sigue los carriles de la acción, en tanto que la tolerancia se desplaza por las rutas de la pasión. Una aceptación es actuada. La tolerancia, en cambio, es padecida. Cuéllar, al menos en cierto grado, llega a ser intolerable para sus amigos. Los supera en todo y eso les crea la exigencia de igualarlo o de enfrentar una competición que no cuenta en sus proyectos.

En este horizonte, la desgracia de Cuéllar viene a restablecer un orden que se ha quebrado, el orden de lo moderado o lo normal. Por ello, que en contraste

le ocurriera a los otros una desgracia similar hubiera venido a acentuar los excesos, la anormalidad. Lo normal en el mundo de *Los cachorros*, en el mundo de las patotas de barrio en Miraflores, uno de los distritos emblemáticos de la clase media alta y de la clase alta peruanas de los años cuarenta y cincuenta es la confraternidad igualitaria, que supone un orden de intercambios recíprocos, de dones y contradones. De dar algo y recibir algo similar, a cambio. Es un mundo en que los deberes (las obligaciones) surgen de las deudas que se crean entre quienes forman parte de él. Allí se está obligado a devolver un valor en la misma proporción a la que se ha recibido. En medio de tal universo Cuéllar es un actor que, dando más que los demás, instaura un régimen de asimetrías que quiebra las proporciones establecidas o acostumbradas de los intercambios. Da en exceso y cumple en demasía. Esa situación supone que quienes reciben más tienen igualmente que dar más de lo que habitualmente daban. Añádase

vez menos de “más”, es decir, por una atenuación. En términos de la velocidad de las actuaciones, el entusiasmo se ve fortalecido por la rapidez con que actúa, en oposición a la menor rapidez de los otros. Las aptitudes que además caracterizan las actividades de Cuéllar son notoriamente más eficientes y óptimas.

La actuación de Cuéllar y la actuación de los otros amigos ofrecen una inicial sincronía. Ambas se amoldan en el grupo que forman. Pero pronto nace la discordancia. La velocidad, la intensidad y la destreza que caracteriza a cada una se tornan asincrónicas. Uno de los actores se distingue por más y su diferencia crea una asimetría que, a su vez, produce las condiciones para el “accidente”. Desde este punto de vista ese suceso puede no tomarse como un evento, como un sobrevenir, sino como un llegar a ser previsible.

El siguiente cuadro presenta las articulaciones del modo de eficiencia:

Definibles Definidos	Previsible	Imprevisible
Tonicidad	Entusiasmo	Menos entusiasmo
Tempo	Rapidez	Menos rapidez
Aptitud	Eficacia	Menos eficacia

el hecho de que quien entrega más, es decir, Cuéllar, lo hace con menos esfuerzo, con menos desgaste que los que están obligados a devolver más de lo establecido. Para estos, por consiguiente, la carga de la reciprocidad obligatoria es mayor en todo sentido. En términos del entusiasmo que anima la unidad del grupo de amigos, Cuéllar presenta un estado de ánimo ascendente, se diría que redoblado. Su crecimiento está determinado por un cada vez más de “más”. El mismo estado de ánimo para el resto del grupo es, en cambio, decadente. Su declinación está definida por un cada

Las medidas de la eficiencia, de lo que es esperable (el llegar a) y de lo que es imprevisible (el sobrevenir), se establecen a partir de la forma de vida ejemplar que Cuéllar presenta, respecto de la cual la forma de vida de todos los demás actores se define por la calificación del “menos”. Inversamente, las medidas de lo que puede ser anticipado se definen a partir de la forma de vida dominante por el calificativo de lo excesivo. Por un “más” que instala una asimetría. De esa guisa, la actuación de Cuéllar aparece bajo los signos de aquello que escapa a lo moderado. Su entusiasmo lleva los

sellos de la demasia, los signos de una vivacidad más nítida en sus acciones y de una calificación más virtuosa de sus talentos.

En el relato del “accidente” no se menciona directamente la parte del cuerpo de Cuéllar que ha sido dañada. Los enunciadores testigos solo hacen alusiones a las circunstancias y a los efectos del incidente. Los tonos y los *tempos* de los discursos, el léxico, ciertos significantes, como “el baño entero era purita sangre”, constituyen elipsis de que el hecho había sido grave y que hay algo oculto e incluso misterioso. Eso se confirma durante los días posteriores.

Esa semana, la misa del domingo, el rosario del viernes y las oraciones del principio y del fin de clases fueron por el restablecimiento de Cuéllar, pero los hermanos se enfurecían si los alumnos hablaban entre ellos del accidente, nos chapaban y un cocacho, silencio, toma, castigado hasta las seis. Sin embargo, ése fue el único tema de conversación, en los recreos y en las aulas. (p. 122)

Lo ocurrido a Cuéllar no puede ser dicho ni comentado. Desde el punto de vista de estudiantes de primaria que son los compañeros de Cuéllar, niños aún, la prohibición de decir alguna palabra sobre lo ocurrido no tiene por efecto la formación de una sospecha muy llamativa. Se conversa sobre él sin duda bajo la motivación que da la curiosidad por saber lo que había pasado con su amigo. Poco después, cuando los compañeros lo visitan en el hospital, en estado aún convaleciente, la revelación de lo que le ha acontecido no tiene para ellos la dimensión de un hecho muy grave. Al momento de preguntarle dónde le había mordido el perro él responde “ahí pues”, mediante una indicación más o menos precisa, a las que siguen las siguientes referencias del enunciadore, de tipo descriptivo, interrogativo y constatativo: “y se muñequé, ¿en la pichulita?, sí, coloradito, y se rió y nos reímos” (p. 123). La pregunta es la última de

una serie que apunta a resolver el misterio de su herida y que va de lo general a lo específico. No importa hacer aquí el seguimiento de todo el recorrido. Pero de hecho sí interesa destacar que lo comunicado por Cuéllar “era un secreto” (p. 123) y que “su viejo no quería, tampoco su vieja, que nadie supiera” (p. 123). Sus padres le habían dicho “mi cholo, mejor no digas nada, para qué, había sido en la pierna nomás, corazón” (p. 123). El valor secreto que se da al daño sufrido, por otra parte, no tiene para los niños sino un reducido efecto tónico. Les inquieta que no se pueda hablar de él. Se interrogan acerca de su naturaleza prohibida, ¿sería pecado? Pero no les produce ni horror ni el sentimiento de que el suceso tiene una consecuencia irreparable.

Aparece en el universo significante el campo de lo secreto vs el campo de lo mostrado, lo que más tarde va a definirse en el sentido de que el primero es el campo íntimo de la vida sexual, mientras que el segundo es el campo público de la vida social. Lo íntimo, por otro lado, es mencionado mediante alusiones, mientras que lo público es mencionado por medio de referencias directas. La alusión se concreta en las menciones relativas a la pérdida del órgano viril, lo que en el nivel de la enunciación se relaciona con estados epistémicos de duda. Es importante fijarse, a continuación, en el accidente, en la manera cómo se presenta en el relato:

Se metía siempre a la ducha después de los entrenamientos. A veces ellos se duchaban también, guau, pero ese día, guau guau, cuando Judas se apareció en la puerta de los camarines, guau guau guau, sólo Lalo y Cuéllar se estaban bañando: guau guau guau guau. Choto, Chingolo y Mañuco saltaron por las ventanas, Lalo chilló se escapó mira hermano y alcanzó a cerrar la puertecita de la ducha en el hocico mismo del danés. Ahí, encogido, lo setas blancas, azulejos y chorritos de agua, temblando, oyó los ladridos

de Judas, el llanto de Cuéllar, sus gritos, y *oyó* aullidos, saltos, choques, resbalones y después sólo ladridos, y un montón de tiempo después, les juro (pero, cuánto, decía Chingolo, ¿dos minutos?, más hermano, y Choto ¿cinco?, mucho más), el vozarrón del hermano Lucio, las lisuras de Leoncio (¿en español, Lalo?, sí, también en francés, ¿le entendías?, no, pero se imaginaban que eran lisuras, idiota, por la furia de su voz), los carambas, Dios mío, fueras, sapes, largo largo, la desesperación de los hermanos, su terrible susto. Abrió la puerta y ya se los llevaban cargado, lo vio apenas entre las sotanas negras, ¿desmayado?, sí, ¿calato, Lalo?, sí, y sangrando, hermano, palabra, qué horrible: el baño entero era purita sangre. Qué más, qué pasó después mientras yo me vestía, decía Lalo, y Chingolo el hermano Agustín y el hermano Lucio metieron a Cuéllar en la camioneta de la Dirección, los vimos desde la escalera, y Choto arrancaron a ochenta (Mañuco cien) por hora, tocando bocina y bocina como los bomberos, como una ambulancia. Mientras tanto el hermano Leoncio perseguía a Judas, que iba y venía por el patio dando brinco, volantines, los agarraba y lo metía a su jaula y por entre los alambres (quería matarlo, decía Choto, si lo hubieras visto, asustaba) lo azotaba sin misericordia, colorado, el moño bailándole sobre la cara. (pp. 121-122)

La enunciación es producida por distintos enunciadores cuya principal materia expresiva es sonora y específicamente oral, incluso la del enunciadore directo que ocupa el lugar de la primera posición, desde la que se inicia el despliegue narrativo. Este enunciadore, dicho sea de paso, en la medida en que de inmediato deja su lugar fundador a otro enunciadore pronto se confunde o mimetiza con otros para integrar un coro en el que ningún actor ocupa una posición primordial. En el plano del enunciado, en cambio, un actor se distingue de los otros: Cuéllar, por el accidente que sufre. En el nivel de la

enunciación enunciada *Los cachorros* se produce en el escenario de una conversación de amigos, que, en conjunto, narran los recuerdos que tienen de Cuéllar y la importancia que este tuvo en su existencia.

En el fragmento transcrito se hace una distinción acerca de la acción de ducharse después de los entrenamientos mediante los adverbios “siempre” y “a veces”, que permiten constatar la hipótesis de que el accidente de Cuéllar es un evento esperado. El primero refiere a la repetición constante de la misma acción. El segundo a una actuación alternada y casual. El adverbio “siempre” remite a una temporalidad que se extiende en el tiempo y que no varía. El adverbio “a veces” hace referencia a una temporalidad limitada y variable. El modo de existencia que supone “siempre” es la *mira*, mientras que el modo de existencia que supone “a veces” es la *captación*. Una acción que se repite y que es constante en el tiempo entra en el carril de lo que se proyecta hacia el futuro. Mientras que una acción que ocurre ocasionalmente entra en la dimensión de lo que irrumpe y de lo que interrumpe, de lo sorprendente, de lo imprevisible, en suma. En el terreno de las probabilidades, por tanto, la acción de ducharse en el relato en cuanto es determinada por el adverbio “siempre” tiene un carácter implicativo, mientras que la misma acción, modificada por “a veces”, es concesiva. La primera se puede anticipar, sin duda; la segunda es mucho menos previsible. Por tal razón, el “accidente”, suceso de naturaleza repentina, tiene, en este caso, un componente de probabilidad mayor, en conexión con la acción de ducharse, que Cuéllar repite disciplinadamente, en tanto que, para la misma acción, cuando es ocasionalmente ejecutada, la probabilidad es menor.

Cabe destacar, a continuación, que la narración del suceso se hace a partir de testigos que dan testimonio de lo que han visto y después de lo que han oído. La huida del perro, por ejemplo, fuera de su jaula es narrada a partir

de la visión de los hechos, mientras que el accidente es narrado a partir de la audición. Ningún testigo ha visto lo que efectivamente ha ocurrido. Se ven indicios del grave accidente, pero no propiamente el hecho y sus consecuencias. Por otra parte, la narración de los sucesos, desarrollada a partir de lo que se oye, es presentada como una sucesión acelerada. Lo que ocurre después se presenta como una sucesión lenta.

La rapidez acorta el tiempo, mientras que la lentitud tiene por efecto una ampliación del tiempo. Luego del “accidente” se sucede un tiempo de espera, cuya extensión, de acuerdo a la temporalidad mecánica del reloj, podría considerarse breve; de acuerdo, sin embargo, a la temporalidad vivida del enunciatore testigo es larga, incluso indeterminada, una indeterminación que introduce en el relato una espera y un suspenso, una incertidumbre, que luego se convierte en misterio sobre lo ocurrido efectivamente, que va a teñir todo el relato.

Los signos sonoros asociados al accidente son pocos, pero intensos. La víctima expresa dolor solo mediante dos figuras, el “llanto” y los “gritos”, mientras que el perro expresa furia mediante “aullidos, saltos, choques, resbalones y después sólo ladridos”. El animal aparece como un ser fuera de control, perteneciente al mundo de lo salvaje o de lo bárbaro desatado, dominando la escena. El niño se presenta como un ser débil y desamparado, definitivamente inmolado.

La presencia del perro en el colegio constituye un signo que es importante discernir. Es tenido allí para guardar los recintos de posibles amenazas de robo, que es una consideración que abre el escenario de un mundo inseguro. El perro, por tanto, es un ser que cumple roles defensivos, pero a la vez puede resultar peligroso para el mundo propio de quienes lo tienen por guardián. El animal se pone bajo custodia mientras es amenazante para los estudiantes,

pero a la vez es dejado libre para atacar posibles intrusos. Se custodia al perro para dominar y para aumentar su furia natural, sus instintos desordenados. Se lo libera para dar curso a su furor por razones de seguridad. De ese modo, el animal, aunque es una presencia bestial indispensable para resguardar al colegio, es a la vez causa de riesgo, e introduce en el centro educativo un cálculo de lo que podría ser nocivo, contrario al bienestar resguardado. Precisamente en el “accidente” de Cuéllar ese cálculo se actualiza y realiza. Lo que permanece suspendido y virtualizado, como posibilidad y como escenario imaginario, termina realizándose. Lo propio y familiar protegido es menoscabado por una presencia ajena y extraña, que, sin embargo, se mantenía cautiva con fines defensivos. Como un arma mortal que se volviera contra su usuario, como un bumerán.

Un actante propio del mundo salvaje, pero bajo el control del mundo civilizado, una vez que puede librarse de la custodia arremete contra este y lo daña. La fuerza bruta del animal parece, sin embargo, orientada a lastimar de un modo determinante a un personaje ejemplar, alguien como el alumno Cuéllar, para quien se tenía reservado un futuro de éxito. El resultado del embate animal tiene por eso sin duda un efecto de desesperación. Se instala con ello en el escenario el caos y la desorientación, marcadas por la velocidad muy rápida de las acciones y el tono acentuado de los movimientos y los gestos. Interesante es contrastar esta consecuencia con la performance inmediata del “accidente”, que presenta un *tempo* lento y una tonicidad más bien débil, como el núcleo de un huracán donde todo permanece en calma abisal, respecto de la furia muy palpable del viento. Ahora bien, la rapidez y la tonicidad fuerte entran en concordancia con el espacio cerrado donde tienen lugar los hechos, mientras que la lentitud y la intensidad débil conjugan con un espacio que se abre.

El sentimiento del daño sufrido, de una proporción enorme, se pone en correspondencia con la percepción de su excepcionalidad. La demanda de restablecimiento se presenta en concordancia con una actuación igualmente enfática. Las acciones concernientes con el interés por la salud de Cuéllar tienen todas una tonicidad soberbia, exaltante. Una tonicidad que se puede presumir no habría tenido de haberle ocurrido lo mismo a cualquier otro estudiante. El modo con que se expresa esa tonicidad es el de la solemnidad, y comprende formas protocolares y ceremoniales que suscitan y transmiten valores de gloria y de elevación, y que tienen un marco escenográfico público y abierto. Pero al mismo tiempo los estudiantes están prohibidos de hablar entre ellos del accidente que origina la ceremonia. No se puede decir nada sobre lo ocurrido. Lo sucedido, en efecto, no puede ser mencionado. El tono para hablar sobre el "accidente", por eso, es débil, mientras que los lugares donde se habla de aquel son cerrados, en conjugación con el carácter secreto que se impone.

Sin esperar precisar la naturaleza del mismo, bajo los términos de la oposición presentada, es posible establecer que el hecho callado tiene un carácter vulgar, y que sus formas son desreglamentadas y espontáneas, mientras que la ceremonia para lograr su superación tiene un carácter noble, y sus formas son protocolares y comedidas. A continuación, se le antoja al autor de estos apuntes una intervención a lo mejor osada: una cierta analogía puede ser establecida entre el perro furioso cautivo que, sin embargo, es útil para la seguridad del colegio, y las informaciones sobre el "accidente" que no pueden ser dichas. El saber prohibido sobre el accidente toma, en cierto grado, un carácter cautivo. Se lo cerca con la prohibición de no hablar sobre él. En términos figurales se opera sobre el saber del "accidente" una restricción. La furia animal entonces es homologable a lo que se prohíbe saber. Furia animal y saber prohibido se asemejan

por su carácter figuralmente restringido. La furia es una pasión que tiende a la dispersión si no se la pone bajo control. El saber sobre el "accidente" parece tener también la misma tensión hacia la dispersión. Es un saber de cuya difusión se espera consecuencias desintegradoras. Constituiría, en tal medida, un saber furioso. ¿Capaz, por eso, de daños o heridas semejantes a las producidas por Judas, nombre del perro? No otra cosa se puede considerar si se tiene en cuenta la intención de restringir el saber que anima a los sacerdotes educadores.

La prohibición a hablar del daño sufrido por Cuéllar desencadena que solo se hable de él en las conversaciones del recreo y en otros escenarios donde los estudiantes se reúnen:

Fue el único tema de conversación en los recreos y en las aulas, y el lunes siguiente cuando, a la salida del colegio, fueron a visitarlo a la Clínica Americana, vimos que no tenía nada en la cara ni en las manos. Estaba en un cuartito lindo, hola Cuéllar, paredes blancas y cortinas cremas, ¿ya te sanaste cumpita?, junto a un jardín con florecitas, pasto y un árbol. Ellos lo estábamos vengando, Cuéllar, en cada recreo pedrada y pedrada contra la jaula de Judas y él bien hecho, prontito no le quedaría un hueso sano al desgraciado, se reía, cuando saliera iríamos al colegio. (pp. 122-123)

Para los estudiantes, compañeros de Cuéllar, hablar seguramente es conjeturar sobre lo que le ha ocurrido. Más aún, estimulados por la prohibición que pende sobre el tema. ¿Qué es lo que se oculta en la obligación a callar? ¿Cuál es el misterio que se oculta? Si hay una prohibición debe ser porque algo grave ha pasado. Desde el punto de vista de los niños, el lugar o los lugares dañados o heridos no tienen, sin embargo, otra significación que la de marcar un menoscabo en el cuerpo, la entidad viva y perecedera del sujeto. Para los religiosos, en cambio, la

herida o las heridas tienen una significación especial y seguramente amenazante. Pronto se sabe que la parte dañada, por información del propio damnificado, es el pene, la "pichulita". Esa es una parte prominente de los varones que tiene una significación diferente, según lo pongan en consideración los adultos o los niños. Para los primeros es una parte que no debe ser mencionada, cuyo daño aludido, y nunca directamente referido, debe ser mantenido en secreto. Es algo que no se debe publicar. Mientras que para los niños, siendo una parte importante, su daño no parece tener razón de mantenerse callado o en reserva.

Sin embargo, la insistencia de los adultos en no hablar sobre el daño induce a los niños a preguntarse por su naturaleza moral. La ética infantil, formada en la escuela, distingue dos valores. El pecado y la inocencia. La culpa y la honestidad. Pero no es claro para los pequeños si hablar sobre la pérdida de una parte del cuerpo fuera un pecado, constituyera una culpa. Aunque ya para ellos específicamente hablar de la parte perdida, el pene, les suscita embarazo. Podría decirse que la falta de pene en un hombrecito es una situación entre anómala y normal. La *nouvelle* sitúa el momento de esa pérdida en una fase en la cual la sexualidad no ha sido todavía descubierta. Los niños saben ya que hay sexos diferentes, distinguidos en lo principal por la falta o no del órgano viril, pero como no muestran aún interés libidinoso o concupiscente por las mujeres el pene no tiene todavía un claro significado sexual. Aún no han convertido a su órgano reproductor en principal medio de conexión e interacción con el sexo femenino y con el propio sexo. Recién viven en una etapa en la que presienten aquello, pero no tienen aún la certeza. Por eso su posición epistémica con respecto a ese punto es de duda. O de simple desconocimiento. La persistente prohibición de los adultos, sin embargo, vuelve la atención hacia el daño que ha producido la falta. Esa carencia se hace significativa no

por sí misma, sino por el valor que con relación a su verdad otorgan los mayores. La verdad sobre la aludida emasculación no puede ser dicha. Ese evento debe ser mantenido en secreto.

El “accidente” sufrido por Cuéllar, al parecer, no tiene para sus compañeros más consecuencias que la perturbación transitoria de una rutina: la inmediata falta de un jugador para el equipo de fútbol que en su sección han formado y que debía empezar a competir al día siguiente de la visita al hospital. Los chicos sienten que su grupo se debilitará en el campeonato a causa del accidente, pero no sienten lo que afectará a Cuéllar que la ha sufrido. No tienen conciencia en lo inmediato de los perjuicios simbólicos y sociales que tal situación ha de determinar de un modo permanente e irremediable. Ese es un saber que van a ir adquiriendo y que no solo va a implicar el destino de su infeliz compañero, sino también el de ellos.

La pérdida del pene por parte de Cuéllar, el extraño que se ha integrado al grupo y que se distingue por sus excepcionales cualidades en todos los dominios, no ha constituido ni constituye, en consecuencia, un evento. Se ha demostrado ya que el “accidente” es, en cambio, una compensación esperada que restaura un equilibrio quebrado por la excesiva desproporción de las cualidades que Cuéllar posee y los beneficios que recibe de su próspera familia, razón por la cual, en este artículo, se sostiene que es un *sacrificio*. Por eso, el lastimado niño tendría que haber regresado al colegio, después de la convalecencia, repuesto y listo para reintegrarse en el grupo. Ser otra vez uno entre los otros. Volver a la normalidad y ser el mismo destacado muchacho que brillaba en todo cuanto hacía. Lo sorprendente, sin embargo, es que irá mostrándose como un personaje diferente. Ya no va a ser el mismo. Su constitución subjetiva irá cambiando. Antes de ser herido por el perro se mostraba ejemplar en todos los aspectos, lo que proporcionaba una impresión de equilibrio

y armonía en su formación personal. Luego del nefasto suceso ese equilibrio se trastorna. Desde su regreso, se empeña con más entusiasmo en el fútbol, práctica deportiva relacionada con la pérdida que ha sufrido: “¿no era por el fútbol en cierta forma que lo mordió Judas?”, se preguntan sus amigos, el coro enunciador indirectamente infantil, directamente adulto. Retornó “más deportista que nunca” y “los estudios comenzaron a importarle menos” (p. 125). La sustitución de los estudios por los deportes, en el orden de sus intereses, saca a relucir un cambio en la jerarquía de su sistema de valores. Los estudios lo preparaban para el poder, para recoger el legado empresarial del padre, para continuar con los negocios y para acrecentarlos. Lo preparaban para fundar y para ejercer el poder, la dominación sobre los trabajadores y quizás para liderar o para hacerse cargo de responsabilidades concernientes con el gobierno del país. Los deportes implican, en cambio, conocimientos y prácticas que no tienen como fin la obtención del reconocimiento y la gloria que conciernen al poder económico y político, con el dominio sobre el destino de los otros, sino solo con las honras que da el triunfo simbólico, la afirmación de una disciplina personal, de una destreza admirable, pero anodina, desde el punto de vista político y económico.

Ahora bien, el cambio de aspiraciones está evidentemente en conexión con el nuevo trato que recibe de sus padres y sus profesores. Estos se vuelven muy flexibles y condescendientes respecto de las actividades que realiza. Si antes del accidente le imponían una disciplina exigente, después le permiten la indulgente práctica de lo que le place y lo premian en vez de castigarlo cuando no cumple las tareas, ni pasa las pruebas: “ya no le hacía falta chancar: se presentaba a los exámenes con promedios muy bajos y los hermanos lo pasaban, malos ejercicios y óptimo, pésimas tareas y aprobado” (p. 125). Ciertamente ese trato benevolente es explicado como consecuencia de las amenazas del padre a los religiosos,

de sus imprecaciones culpándolos del accidente, pero no solo los hermanos le dedican un trato privilegiado y suave, también sus padres, como acaba de decirse. Antes debía regresar a su casa en horarios fijos y le estaban impuestas tareas de estudio que debía cumplir con rigor; tras el aciago evento se le permite un horario muy flexible. Puede ir a jugar con sus amigos en vez de estudiar a la salida del colegio. Se convierte en un niño minado al que se le permite todo y se le concede lo que pide. Si antes se hallaba sometido a las severas leyes y reglas paternas, ahora los padres se someten a sus deseos. Lo mismo ocurre en el colegio, si antes se le obligaba a estudiar para aprobar, ahora se tolera que no lo haga y sin ser suspendido. Al régimen disciplinario, cuyo fin es formar un hombre de poder, le reemplaza un tratamiento consentido, cuyo fin es atenuar la irremediable mortificación de la pérdida sufrida.

El “accidente”, considerado como un evento esperado o presentido, no debería producir desconcierto con respecto de lo que comienza a suceder en la actuación de Cuéllar. Ocurre, sin embargo, que de allí en adelante todo será motivo de confusión. Por esa razón el enunciador colectivo no sabe explicar las razones del cambio drástico del desempeño del antes niño ejemplar en todo cuanto emprendía. Perturba el hecho de que antes Cuéllar se destacara en los estudios y sobresaliera en los deportes por la dedicación disciplinada que ponía, en tanto que después del “accidente” Cuéllar sobresale en el grupo de amigos del que es parte por los regalos y premios que, sin mediar mérito o don que ofrecer a sus padres y superiores, él recibe de aquellos. No da, pero recibe. Cumple entonces el rol de egoísta y de consentido. Sin participar en el sistema de intercambio de bienes que permite constituir una comunidad, él, sin embargo, es beneficiario de donaciones, de recompensas y reconocimientos. Esa es la razón precisa por la que se sostiene que el “accidente” sufrido constituye un sacrificio para mantener el equilibrio social. Cuéllar

era excepcional en la épica infantil de los estudios, los deportes y la amistad. Cumplía con éxito las pruebas a las que se le sometía y entregaba dones y regalos por los que recibía otros tantos a cambio. Después del accidente ni es puesto a prueba, ni hace méritos para recibir premios. Es, sin embargo, reconocido. El reconocimiento como

consecuencia del daño sufrido. Ha dado su pene para restablecer la simetría social, y a cambio se le otorgan distintos beneficios.

Desde el punto de vista de los niños surge así una paradoja. La de ser premiado sin esfuerzo, la de ser regalado sin una contrapartida de esfuerzo. La

vida de Cuéllar ingresa, de ese modo, en una trayectoria sorpresiva y concesiva, en un recorrido carente de lógica. Pero, por otro lado, como en sordina, se prefigura en el horizonte la condición de un personaje que ha sido objeto de un sacrificio. Cuéllar toma la posición de un ser sagrado.

Bibliografía

- AGAMBEN, G. (1998). *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida* (vol. I). Valencia: Pre-Textos.
- FONTANILLE, J. (2001). *Semiótica del discurso*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- FONTANILLE, J. (2014). *Semiótica de las prácticas*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- VARGAS LLOSA, M. (2014). *Los jefes. Los cachorros*. Lima: Santillana.
- ZILBERBERG, C. (2006). *Semiótica tensiva*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de Lima.
- ZILBERBERG, C. (2011). *Des formes de vie aux valeurs*. Limoges: Presses Universitaires de France.